

PALACIOS DE CASTILLA

El Palacio de San Martín en Segovia.

En los siglos XIV y XV, la monarquía castellana se nos presenta con un carácter más popular que el que anteriormente tuvo y el que más adelante había de tener.

El Rey buscaba apoyo en el pueblo contra los descomedimientos y demasías de los ricos hombres, excesivamente poderosos, y el pueblo pedía al Rey amparo contra su potencia. Aquellos Monarcas andariegos gustaban del sol de los caminos y corrían por negocios guerreros o políticos unas veces, otras por la caza o la piedad, de aldea en aldea, y solían pasar muchas jornadas en sus nobles ciudades y en esas villas castellanas, hoy dormidas, que se llaman Arévalo, Toro, Medina, Cuéllar, Tordesillas y Madrigal. Enrique IV el desgraciado, amaba al pueblo y era amado por él, como otros de sus abuelos, sobre los cuales pesa también el fallo severo de la Historia; alguna vez, perseguido, deshonrado, reducido a la última condición por los grandes del Reino, fué socorrido por los plebeyos, los humildes, los pastores y labriegos de tierras de Segovia, y en ciertas ocasiones oyó, de villanos labios, hondas y leales verdades.

Por esta compenetración del pueblo con sus Reyes, construyéronse en estos siglos palacios llanos e indefensos, en el centro de las poblaciones, aun en aquellos que tenían alcázar o castillo como Medina y Madrid, y por ellos Enrique IV, que poseía en Segovia las maravillas del Alcázar, por él cuidadas y magníficamente continuadas, quiso tener una residencia más modesta en el corazón de la ciudad. Quizás el Alcázar, demasiado altanero, formidable y apartado, no ofrecía, con sus escasos e inmensos salones, cómodo aposentamiento, y el Rey quiso hacerse morada mejor dispuesta, para un vivir que influencias italianas, flamencas y granadinas, iban haciendo en Castilla menos austero y más regalado; lo cierto es que a poco de reinar comenzó D. Enrique la construcción de este palacio a la parroquia de San Martín, una de las más populosas de la ciudad, en la parte central y más elevada de ella. Mencionan todos los cronistas esta obra («É cerca de la iglesia de San Martín desta ciudad hizo una casa asaz notable para su aposentamiento», dice Valera), y de ella vamos a ocuparnos.

Quando se comenzaba vino a Segovia el Príncipe Avira, hijo del Rey de Granada, con trescientos de sus caballeros, y como el de Castilla llegase de Arévalo con una muy lucida cohorte de señores, complacióse en mostrar a

granadinos y castellanos las obras suntuosas que ejecutaba, y los inmensos tesoros que poseía, jarros, barrilillos y sabrillos de oro y plata, labrados al modo florentino o al morisco, cintillos, sortiellas, ajorcas con diversas gemas. Tornó Don Enrique otras muchas veces a Segovia para vigilar las obras; en el año de 1459 continuaba aún la construcción del palacio, pero ya se utilizaban por lo menos los subterráneos y planta baja, pues destinábase alguna parte de ellos a la guarda de leones y otras bestias feroces y extrañas, a las cuales el Rey era aficionado, y de ellas mantenía también en su Real Bosque de Balsain.

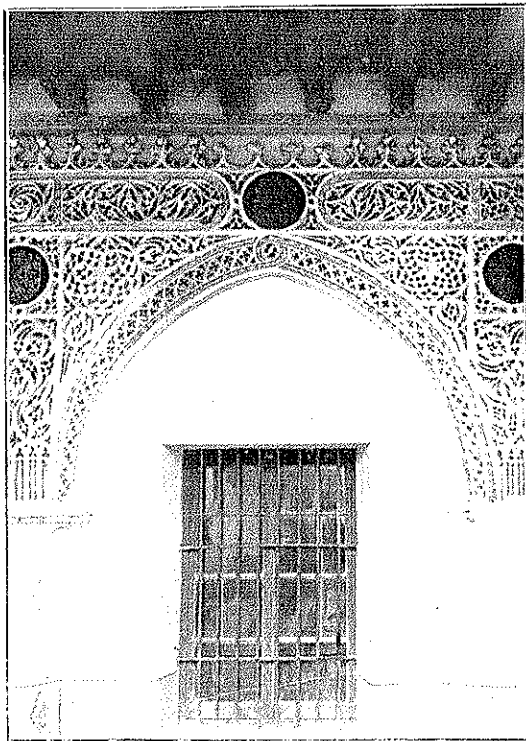
Esté año de 1459, fué todo él turbado por extraños presagios que amedrentaban Castilla; viéronse fuegos por el aire; habló un niño de tres meses predicando penitencia; en el término de Peromoro, señorío de D. Pedro López de Ayala, en Toledo, manaron sangre unas espigas recién segadas. «Pero lo que mayor turbación dió a todos los de este reino (son palabras de Diego de Valera) fué que teniendo el Rey en Segovia en su palacio muchos leones y leonas e habiendo ende uno muy grande a quien todos obsecdían, se comenzó entre ellos tan gran pelea, que todos se juntaron contra el mayor leon que lo mataron y comieron parte del, de ende todos pronosticaron ser cercana la muerte del Rey o gran caída».

En 1462 D. Enrique y su esposa, la lozana y hermosísima Juana de Portugal, vinieron a Segovia «Deseando ver acabadas tantas fábricas, como en ella estaban comenzadas» (colmenares). Al año siguiente viajan ya los Monarcas sus palacios de San Martín, quizás no concluidos todavía.

Desde entonces presenció este edificio las fiestas y las intrigas cortesanas, las malaventuras del Rey, la disolución de la Reina, la suntuosidad y la corrupción de aquella corte, que podemos llamar mudejar

por sus galas y por su moral. D. Beltrán de la Cueva, el galante y afortunado, el Marqués cauteloso de Villena, el Arzobispo Carrillo, el leal Diego Enrique, ricos hombres y caballeros, urdían y deshacían conjuros en sus estancias.

Triunfaban en ellas la graciosa belleza morena de doña Juana y el garbo de aquellas sus damas castellanas y portuguesas, maestras todas en artes de liviandad. No hemos de referir menudamente los sucesos de que estos muros fueron testigos. Recordaremos, sin embargo, que entre ellos hubieron de verificarse algunas de las fiestas con que el Rey festejó al Almirante Juan de Roban, enviado de Luis XI de Francia, a principios del año de 1467; quizás aquel sarao, del que se cuenta que, habiendo bailado con la Reina el embajador, juró luego de «no danzar jamás en su vida con mujer alguna», caballeresco homenaje de la francesa galantería a tan grande y real hermosura; evocaremos también aquella temerosa noche del estío de 1467, en que hallándose en este palacio sola D.^a Juana con la



Detalle del Palacio de San Martín.